

Ave María

## Beata Cecilia Eusepi,

fr. Ángel María Ruiz Garnica, O.S.M.

### A los frailes y a toda la Familia de los Siervos

Estoy contento por poder comunicar a toda la Orden el acontecimiento esperado: la inserción de la Terciaria de los Siervos de María Cecilia Eusepi, en la lista de los Beatos de la Iglesia, después del reconocimiento de salvarse del peligro de vida, científicamente inexplicable, sucedió en Monte Romano (VT) el 4 de agosto de 1959 de Tomás Ricci.



Lo extraordinario del acontecimiento surge no sólo por la santidad encontrada en una Joven que murió a los 18 años, sino más bien a sus escritos que Ella nos dejó como preciosa herencia y en los cuales se entrevén las grandes líneas de la espiritualidad que nos ha transmitido de la secular Tradición de la Orden. Su mensaje, por lo tanto, se dirige a toda Nuestra Familia en la articulación variada de sus componente.

La primera enseñanza que tomamos de los escritos de Cecilia Eusepi es su intenso deseo de Dios. Nadie como ella tuvo la fuerza de dicho ímpetu interior y toda su vida fue orientada en esta dirección. Jesús Eucaristía, para ella definida como su «Tesoro», constituyó la referencia constante de su existencia. La ausencia de la Eucaristía representaba para ella el menguar el sentido mismo de la vida.

Junto a la Eucaristía, el amor apasionado a la Virgen de los Dolores, que ella definía su «Corazón». Cuando Cecilia recibía a Jesús Sacramentado, le parecía revivir el momento en el cual la Virgen santa recibió entre los brazos el cuerpo muerto del Hijo. Con el mismo amor y devoción Cecilia habitualmente acogía a Jesús en el Sacramento.

Leemos en la vida de Cecilia los diferentes acontecimiento de nuestra vida, seguramente diversa de la suya en la acontecer de las situaciones, pero sustancialmente coincidente con las dificultades que todos encontramos. Como nosotros también ella tuvo que sufrir el amorgo de los deseos no realizados. Deseaba ser religiosa de vida apostólica, misionera, completamente dedicada a Dios, tuvo en cambio que dejar la vida del claustro, renunciar a los altos ideales que le atravesaban su corazón, encontrándose clavada por enfermedad devastadora, privada de la posibilidad no sólo de recibir cotidianamente la Eucaristía, sino hasta asistir a la Misa del domingo.

Como nosotros, conoció la vida de cada día, en medio de la gente. La vida de la parroquia la vio atenta y participando a las actividades litúrgicas y asociadas, y, más tarde, a los intereses apostólicos a nivel diocesano. Participó en la vida de la Acción Católica, compartiendo las actividades y los ideales trazados en el programa resumido en el trinomio: oración, acción, sacrificio.

Tuvo la experiencia del sacrificio pedido en asistir a los niños de la escuela materna, a los largo de toda la jornada. Experimentó también la alegría de donar a los demás mucha parte de sí, ayudando en el estudio a sus compañeras, dándoles ejemplo de compromiso

aún en la vida espiritual, hasta fundar la *Compañía de la Dolorosa* y escribiendo hasta el Estatuto.

Muy joven, a los 12 años quiso llegar a ser Terciaria de la Orden de los Siervos de María. No fue llevada por alguien, sino ella misma movida por el deseo de vivir la espiritualidad de los Fundadores así como la había aprendido de la lectura del librito *Racimos de oro de Monte Senario*. La santidad de vida que emanaba desde aquellas personas enamoradas de Dios y de la Virgen Dolorosa la llevó a abrazar un ideal que respondiera a la vida de cualquier verdadero cristiano.

Conoció las dificultades que todos nosotros, de una manera u otra, encontramos en la vida: la envidia, las calumnias, la maldad, las mentiras. Sobre todas ellas extendió el manto de la caridad, logrando hasta agradecer a aquellos que la habían golpeado, porque le dieron la ocasión, con el sufrimiento, el ofrecer al Señor el martirio del corazón.

En los escritos que ella nos dejó, es posible leer lo que humanamente cada uno de nosotros rechaza: el dolor, como apasionada demostración de amor al Señor. Ella vislumbraba en el sufrimiento la extrema asimilación al Cristo que se apaga en el Madero. Supo así conjugar admirablemente el sufrir al amar.

La figura de Cecilia Eusepi permanece para cada uno de nosotros como la demostración que la Orden de la Virgen Bendita está viva. Está viva en sus santos, está viva en el mensaje que los mejores entre nosotros continúan a transmitirnos en la fidelidad al carisma de los Siete. Ellas, en la unidad de su participación a los Dolores de la Virgen Madre y en la caridad vivida en el recíproco respeto y acogida, siguen invitándonos a subir con valentía a aquella cuesta de dolor y amor, donde nos ha precedido el ejemplo admirable de la Terciaria Cecilia Eusepi.

Desde nuestro convento de San Marcelo de Urbe, 1 de julio de 2010, memoria del Beato Ferdinando María Baccilieri, Terciario I.S.M.

fr. Ángel María Ruiz Garnica, O.S.M.  
prior general

Prot. 279/2010